

deciendo a la Naturaleza, caso insólito a lo largo de la evolución y despliegue de la vida universal. Es la persona rebelándose contra la especie. Es el ejemplo vivo, extraño y original que viene al mundo a romper los eslabones de la evolución. El hombre no es *evolución* sino *revolución*, discontinuidad, gesto inédito en la Naturaleza, otra cosa que un caso más en el curso rítmico de la melodía de las especies. El mejor ejemplar animal es el «pura sangre», el «tipo» de cada especie, el que mejor repite y sintetiza las líneas generales de la suya. El mejor ejemplar humano, es el que más se distingue de los demás, el que más originalidad creadora acusa, el que en vez de una especie representada por él, tiene «personalidad», un formato novísimo tejido de Historia y de Poesía.

El hombre no puede definirse por su ser físico, porque es otra cosa que biología; es poesía o creación. Así como la Venus de Milo no es solo mármol, sino algo mucho más difícil de definir que el mármol, porque es arte; algo inmaterial que ha hecho de la piedra una diosa, y un dechado estético, de modo que con solo estudiar los materiales y la técnica de su autor no se alcanza el entendimiento último y esencial de la Venus, así tampoco se cata lo esencial del hombre, conociendo los materiales de que su cuerpo está hecho. No podemos decir que conocemos, de verdad, a un hombre porque sepamos cual es el color de su pelo, los centímetros de su talla y la fecha en que nació, como datos de sus materiales orgánicos. Tampoco basta con saber la contribución que paga, y el domicilio en que vive y los antecedentes de sus padres. Para conocerle hay que fijarse en él, en su singularidad, y radiografiarle el fino arbolismo de sus intenciones, sus anhelos, sus recuerdos, sus júbilos y sus penas. Hay que fijarse en su singularidad y amarle...

IDEARIO EXTREMEÑO

La espontaneidad y el entusiasmo forman los vínculos de las sociedades que nacen, como la razón ocupa el trono de las sociedades que marchan y la indiferencia y la duda el de las sociedades que perecen.

DONOSO CORTÉS

COSTUMBRES CACEREÑAS

La Guardia del Cuerpo del Señor

Por JOSÉ RAMÓN Y FERNÁNDEZ

RARO será el pueblo de Extremadura que no conserve entre sus más preciados recuerdos alguna costumbre típica enraizada en la ejemplar y valiosa historia de sus piedras doradas por la pátina de muchos siglos. Y más raro será todavía que esa costumbre no esté, de una u otra manera, enlazada con el ceremonial religioso de las más solemnes fiestas de la Iglesia, a las que la gente da el calor de su aportación en formas que a veces pueden parecer ritos populares pero que siempre tienen su liturgia especial, que se guarda y se transmite íntegra de unas generaciones a otras.

Costumbres curiosísimas y poco divulgadas conservan los pueblos cacereños, de una de las cuales voy a ocuparme ahora, ya que estamos en tiempo de Cuaresma.

El pueblo a que me refiero es el trujillano de Villamesías, de rancia historia, como lo acreditan las numerosas lápidas romanas encontradas en su término, las hachas de piedra eneolíticas recogidas en las márgenes del río Búrdalo, y los blasones que en las casas y en las losas sepulcrales perpetúan hazañas de vecinos ilustres.

En escenario de tan añeja historia se conserva la curiosa costumbre allí conocida con la expresiva frase de «Guardar el Cuerpo del Señor», guarda que se lleva a cabo durante los días de Jueves y Viernes Santo por los hombres de la villa que a ello se han ofrecido voluntariamente y con carácter de voto religioso.

Estos hombres, solteros, casados o viudos, ya que el estado no hace al caso, han de comulgar antes de cumplir su cometido y van vestidos con el mejor traje de que dispongan, llevando corbata y, además, pañuelos bordados que asoman por todos y cada uno de los bolsillos de la americana. Se cubren con capa y sombrero y van armados de sable y espingarda, muy adornados ambos con toda clase de cintas de colores. Los pañuelos de los solteros se los bordan primorosamente las novias respectivas.

Vestidos de esta guisa van a la iglesia estando presentes todos los ofrecidos mientras duran los oficios, que presencian con gran devoción y guardando la rígida posición de firmes.

Al terminarse los oficios de Jueves Santo, en los que todos los guardianes comulgan, se quedan tan solo dos de ellos encargados de la custodia del monumento, y por parejas se relevan día y noche

hasta que comienzan los oficios del Viernes, a los que vuelven a asistir todos. Cuando al terminar estos actos religiosos el sacerdote deposita el Crucifijo en el suelo, para la adoración de los fieles, los guardas hacen desaparecer las cintas de colores, que adornan las armas, y las sustituyen por otras negras, quedando ellos también completamente de luto sin que en su atuendo asome nada blanco.

Durante la guardia no tienen la capa puesta, pero la llevan siempre que salen de la iglesia y para andar por la calle.

A la tarde concurren a la procesión del Santo Entierro, dando guardia a una de las imágenes que en él figuran, y al terminar el sermón de la Soledad acaba también la misión de estos devotos guardianes.

De los datos recogidos en el libro de cuentas de la Cofradía del Santísimo Cristo, de Villamesías, se deduce que esta costumbre es de una gran antigüedad ya que durante el siglo XVIII el mayordomo de la hermandad obsequiaba con una comida o colación a los guardas del monumento el día de Viernes Santo (1), mientras a los clérigos y a los cofrades se les daba primeramente una merienda, y años después un «refresco de tinieblas», costumbres éstas hace tiempo desaparecidas en gracia, quizá, a la carestía de las subsistencias.

Esta piadosa costumbre de guardar el cuerpo del Señor durante los días de Jueves y Viernes Santo no es exclusiva de Villamesías y, que se ha practicado y aún se conserva en otras localidades de la provincia, nos lo acredita el ilustre folklorista Marcos de Sande al describirnos análoga costumbre en Garrovillas (2) con un ceremonial casi idéntico al que nosotros damos ahora a conocer.

(1) En la cuenta que rinde Tomás Muñoz, Mayordomo en 15 de Agosto de 1759, dice: «34 rs. que hizo de costa dicho Mayordomo el Viernes Santo en la colación que dió a los que guardaron el cuerpo del Señor y merienda que tuvo a los señores eclesiásticos y cofrades de esta cofradía».

En la cuenta que rinde Juan Redondo Zarza, Mayordomo de la Cofradía del Santísimo Cristo de esta villa de Villamesías en 15 de Agosto de 1764, hay una partida de este tenor: «44 rs. de gasto que se hizo en el refresco de tinieblas que se da a los señores sacerdotes, y en la comida del Viernes Santo entre dichos señores, oficiales de la Cofradía y guardas del monumento».

En esta cuenta hay otra partida para el refresco que se dió el día del Corpus.

En la cuenta que rinde D. Francisco Dorado Arias, Mayordomo de la Cofradía del Santísimo Cristo de esta villa de Villamesías en 15 de Agosto de 1773, hay una partida que dice: «y el resto en la comida que se suministró a los guardas del monumento».

(2) «Los días de Semana Santa sorprende a los forasteros que visitan nuestros templos el hermoso espectáculo de la guardia de Cristo. Jóvenes con sus mejores trajes de luto, pañuelos de seda al cuello, rosarios preciosos y grandes colgando de sus cuellos con la cruz sobre la blanca pechera, firmes como estatuas, con las manos, una sobre otra, apoyadas en la empuñadura de enormes sables, cubierta (la empuñadura) con pañuelos de seda, regalo de sus novias, permanecen en dos filas paralelas frente al presbiterio. Cuando alguno se ve precisado a salir del templo, se postra de rodillas, besa el sable y le coloca en una bandeja (colocada a este efecto) sobre las gradas del presbiterio.»

Moisés Marcos de Sande. «Del folklore garrovillano». *Revista de Estudios Extremeños*. 1945, pág. 459.

CINCO POEMAS VIEJOS

(1927-1933)

Por A. RODRIGUEZ-MOÑINO

I

NO, NO, NO

Porque eres una clave de unitonas reservas,
porque brilla constante la lámpara encendida,
por el troquel perpetuo del beso de tu boca,
por el siempre rizado caracol del oído,
por la goma sin flexo de tus días sin iras,
por el solo monótono de aquel verso pulido
por ser virgen Prudente y no ser virgen Loca...

(¡Oh pérdida infinita de los días quebrados
y de las tempestades sobre llanos sin ríos...!)

1927

II

LIBERACION

Diez días te quise como diez banderas,
me dabas el cuerpo diciendo: ¡soy tuya!
(pero no lo eras).

El pardo felino de tu carne joven
y el ensueño uva de tus verdes ojos
luchaban angustias de entrega y desvío.
¡rosarios de lágrimas
desgranaban sombra los días sin rayos!

Pero, cuando amabas,
jarcias de deseos te unían a mí,
huracán en velas,
tempestad de espumas,
cimbreo de palmas,
cenefa de angustias,
dos alas en vuelo,
¡y una calma tan calma
luego!...

.....
.....
Te he querido diez días
pero ya no te quiero:
con angustiosos sonos
solo te quise el tiempo
en que fuiste flor roja
para el lúbrico incendio.

1933